



unánimes

Estudios bíblicos

R: La vida de Jesús

15.- Segunda visita a Jerusalén



unánimes

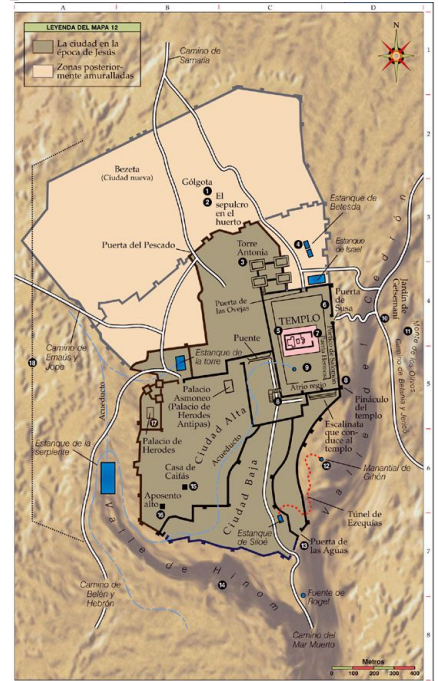
Estudios Bíblicos

R.15.- Segunda visita a Jerusalén

1. Introducción

Después de su primer año grandioso en Galilea, Jesús regresa para las festividades a Jerusalén. Estas festividades daban inicio con el día de la Pascua (14 de Nisan) y continuaban con la fiesta de “Los Panes sin Levadura” que duraban una semana. Entre los estatutos que Dios mandó a Israel, cuando poseyeran la tierra prometida a sus padres, estaba el celebrar la fiesta de los panes sin levadura, la cual es de 7 días empezando el 15 del mes primero de Israel (que es Nisán) y era después de celebrar la Pascua.

Jesús, como buen judío, peregrinaba todos los años a la Ciudad Santa para estas fiestas. En relación con la cronología que estamos estudiando, a partir de su bautismo, el cual dio inicio a su ministerio público, esta es su segunda visita a Jerusalén para celebrar la Pascua, durante la primera expulsó del Templo a los mercaderes y cambistas. Estando allí visita el estanque de Betesda. El nombre de este estanque se deriva del término en arameo “beth hesda”, que significa "casa de gracia" y se relaciona con la curación y la sanidad del cuerpo. El único registro que tenemos a mano indica su ubicación, lo sitúa “cerca de la puerta de las Ovejas. Bajo estos "portales" o columnatas hacían habitualmente fila los enfermos para la curación mediante el agua. Según algunas autoridades de la antigüedad, en Jerusalén el mercado principal de las ovejas se localizaba al norte del área del templo.



2. Jesús sana al paralítico de Betesda

Localización: El Sur, Jerusalén, Judea. Texto de referencia:

Juan 5:1-18

Después de esto había una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En estos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua, porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y agitaba el agua; el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviera. Había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio

acostado y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo:

—¿Quieres ser sano?

El enfermo le respondió:

—Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; mientras yo voy, otro descende antes que yo.

Jesús le dijo:

—Levántate, toma tu camilla y anda.

Al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su camilla y anduvo. Era sábado aquel día.

Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado:

—Es sábado; no te es permitido cargar tu camilla.

Él les respondió:

—El que me sanó, él mismo me dijo: “Toma tu camilla y anda”.

Entonces le preguntaron:

—¿Quién es el que te dijo: “Toma tu camilla y anda”?

Pero el que había sido sanado no sabía quién era, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar. Después lo halló Jesús en el Templo y le dijo:

—Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor.

El hombre se fue y contó a los judíos que Jesús era quien lo había sanado. Por esta causa los judíos perseguían a Jesús e intentaban matarlo, porque hacía estas cosas en sábado. Jesús les respondió:

—Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.

Por esto los judíos aun más intentaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.



3. Las visitas a Jerusalén

El Señor pasó un periodo de tiempo indeterminado en Galilea del que Juan sólo nos ha contado el milagro de las bodas de Caná y la sanidad del hijo de un noble en Capernaum. Esto es así porque Juan no pretende contarnos una historia completa de todas las obras de Jesús, sino que escoge determinados incidentes que sirven para demostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y de esta forma las personas lleguen a creer en Él y tengan vida eterna. Este es su propósito para todo su evangelio.

Ahora vemos que Jesús regresó nuevamente a Jerusalén con motivo de "una fiesta de los judíos". Recordamos que, en su visita anterior, el Señor presentó con toda claridad sus pretensiones mesiánicas cuando purificó el templo, y esto despertó la oposición y hostilidad de los judíos. En su segunda visita a Jerusalén, rápidamente veremos que la actitud de los judíos se endureció aun más contra él, hasta el punto de que se pusieron de acuerdo en perseguirle y procuraban matarle. Y veremos que cuando más adelante regresó nuevamente a

Jerusalén, los judíos seguían manteniendo la misma actitud hostil contra Él debido a la sanidad del parálítico que nos relata este pasaje. Estamos, por lo tanto, ante una ocasión crucial en el ministerio de Jesús, que con el tiempo le llevaría finalmente hasta la cruz.

En cuanto a la cura milagrosa del parálítico de Betesda, debemos decir que sólo es referida por Juan y que vemos que hay muchos detalles que nos han sido velados. Por ejemplo:

- a. No sabemos a qué fiesta de los judíos se refiere el evangelista, lo que sí sabemos es que la fiesta era una de las tres fiestas judías de peregrinación, tuvo que haber sido una de tres posibles, la Pascua, Pentecostés o Tabernáculos del año 28 d.C. De estas tres, el término: fiesta de los judíos se usa en otras partes del cuarto Evangelio para designar la Pascua o la fiesta de los Tabernáculos. Todos los teólogos concuerdan que debió ser la Pascua.
- b. Tampoco sabemos cómo supo el Señor que el parálítico llevaba treinta y ocho años en esa situación
- c. No sabemos si sanó a algún otro de los muchos enfermos que había allí
- d. Notamos que es significativo el silencio en cuanto a los discípulos que no son mencionados en todo el pasaje.

Sin duda, Juan quiere centrar nuestra atención en otros detalles que son los que vamos a considerar en el análisis detallado en el estudio de Unánimes: N.04.- El parálítico de Betesda que se encuentra en:

https://unanimes.org/download.php?filename=N.04.-_El_paralitico_de_Betesda.pdf

4. La autoridad del Hijo

Localización: El Sur, Jerusalén, Judea. Texto de referencia:

Juan 5:19-30

Respondió entonces Jesús y les dijo:

—De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente, porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os admiréis. Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida, porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió.

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y, además, le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo

del hombre. No os asombréis de esto, porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación. No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió.

En este texto Jesús hace profundas reflexiones teológicas. Como bien lo indicamos en el estudio de introducción de esta serie, el evangelio de Juan es el más teológico de todos. Mateo se ocupó de registrar los discursos y sermones de Jesús, sobre todo acentuando el hecho de que Él es el Mesías tan esperado por el pueblo de Israel. Marcos por otra parte, y dirigiéndose a una audiencia menos judía, se ocupó de registrar mayormente los hechos y milagros realizados por el Maestro. Lucas hizo una mezcla histórica de ambos, con algunas corroboraciones y testimonios extras, y Juan principalmente se ocupó en hacer un discurso teológico que muestra a Jesús como la encarnación divina cuya misión es salvar a los pecadores que ama.

4.1. La relación Padre-Hijo

Respondió entonces Jesús y les dijo:

—De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente, porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os admiréis. Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida, porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió.

Este texto se puede parafrasear del siguiente modo:

“¿Me acusáis, judíos, de traspasar el mandamiento del Padre sobre el sábado y de blasfemar su nombre por decir que soy igual a Él? La acusación es absurda, pues en ese caso la voluntad del Hijo estaría desligada de la voluntad del Padre e, incluso, se le opondría. Pero en realidad no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque aquí verdaderamente está la norma perfecta de lo que tan frecuentemente se ve en la tierra; a saber, que todo lo que el Padre hace, lo hace el Hijo igualmente, en esto hay una correspondencia exacta.

Tengo el derecho de decir esto, porque, siendo yo el Hijo, sé que el Padre ama al Hijo, y le ha mostrado todas las cosas que Él continuamente está haciendo al desarrollar su eterno plan de redención. La realización de milagros, por ejemplo, la curación de este hombre en el estanque, también pertenece al desarrollo de este plan eterno; y

mayores obras que estas le mostrará, a saber, el revivir a los que están muertos y el juzgar a todos. De modo que vosotros, que ya estáis asombrados por el milagro del estanque, os maravilléis verdaderamente. Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, tanto a los que están espiritualmente muertos, como a los que lo están físicamente, a éstos en el día del juicio, así también el Hijo, pues es igualmente soberano, a los que quiere da vida.

4.2. El juez

...porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que lo envió.

Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y, además, le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del hombre.

El Padre nunca actúa solo al pronunciar juicio, sino que ha encomendado todo el juicio al Hijo, tanto para el presente como para el futuro. Así, el Padre siempre actúa a través del Hijo, es decir, para que estas dos personas de la Trinidad, que son iguales en esencia y en obras sean también iguales en honra.

Del mismo modo que el Padre es autosuficiente, teniendo en sí mismo vida eterna, así también al Hijo le era dado el tener esta vida en sí mismo y esto explica el hecho de que sea capaz de dar vida eterna a sus elegidos.

En esta clase de pasajes no se debe olvidar que, la relación filial del Señor como Mediador en la cual realiza su obra en la tierra, descansa en su filiación eterna en la Trinidad.

Cuando Jesús pronunció estas palabras, los judíos debieron preguntar: “¿De dónde tiene este hombre el derecho de hablar así? ¿Es que va a ser él realmente quien juzgue?” Jesús hace ver que su autoridad para juzgar (lo mismo que el poder para impartir vida) le ha sido dada porque es el Hijo del Hombre. Además, las dos ideas: juzgar e Hijo del Hombre siempre van juntas en las Escrituras.

La idea de juicio (condenación y absolución; con el consiguiente castigo o recompensa) no tomó a los judíos por sorpresa. Lo que los llenó, sin embargo, de asombro fueron las palabras de Jesús que, para ellos, representaban una pretensión totalmente absurda e intolerable, pues suponían que el derecho de juzgar lo había recibido Él y

que los hombres estaban siendo juzgados e iban a ser juzgados según la actitud que adoptaran hacia Él. Jesús, por lo tanto, dice:

4.3. La resurrección final

No os asombréis de esto, porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

La frase, todos los que están en los sepulcros oirán su voz, parece indicar que la segunda venida, lejos de ser silenciosa o secreta, va a ser pública y audible (además de visible). Obsérvese también que tanto en el terreno físico como en el espiritual, la voz de Cristo es creadora. ¡Si no lo fuera los muertos no podrían oírla!

Jesús resume en este versículo todo el argumento. Ha llegado a la conclusión que ya se había formulado al principio, y afirma que los judíos no tienen derecho a juzgarle y condenarle como si lo que había hecho por el hombre del estanque en día de reposo (o, en general, como si cualquier acción que realizara) fuera algo de lo que Él solo—y no Él y el Padre fuera responsable.

4.4. La mediación y la divina voluntad

No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió.

Los judíos necesitaban saber que al criticar al Hijo de Dios se oponían al mismo Dios. Como Mediador, el Hijo ha recibido instrucciones definidas (referentes a las normas de juicio) del Padre. Además, puesto que, como Mediador, su relación filial descansa sobre su filiación eterna, está claro que Él mismo desea hacer la absolutamente justa voluntad del Padre, con el cual está unido en esencia:

5. Conclusión

El Hijo de Dios es rechazado en Judea como resultado de la curación del hombre de Bethzatha en día de reposo y por afirmar que es igual a Dios. En esta sección Jesús presenta sus derechos con respecto a su relación con el Padre. Hace esto en respuesta a la incredulidad y el odio de los judíos que están resueltos a matarlo. La defensa del Señor se puede resumir del siguiente modo:

- a. Al atacarme a mí, el Hijo, atacan al mismo Padre, pues el Hijo hace lo que ve hacer al Padre; juzga como el Padre juzga. No puede obrar de otro modo. Y tampoco desea obrar de otro modo.

- b. ¿Ustedes se asombran por la curación de este hombre enfermo? Esta fue, ciertamente, una gran obra, pero la seguirán obras mayores: dar vida a los que están muertos (tanto a los que están espiritualmente muertos, como, en el último día, a los que están muertos físicamente) y juzgar a todos los hombres (ahora y en su venida en gloria).
- c. ¿Ustedes se preguntan cómo es posible que yo dé vida, y pronuncie y ejecute juicio? Lo primero lo puedo hacer porque el Padre me ha dado el tener vida en mí mismo (del mismo modo que El tiene vida en sí mismo); y lo segundo en mi calidad de Hijo del Hombre.
- d. La reacción correcta a mis palabras y obras no es la ruín incredulidad y el odio, ni tampoco la actitud mental que no consigue pasar del asombro, sino la fe que honra al Hijo como honra al Padre.
- e. Los que ejercen esta fe no son condenados, sino que desde ahora han pasado de muerte a vida. En el gran día del juicio ellos resucitarán también físicamente, junto con los demás muertos. Pero, aunque todos resucitarán, habrá una gran diferencia en la calidad o el carácter de su resurrección: los que han obrado bien saldrán para “resurrección de vida”; los que han practicado el mal, para “resurrección de condenación”.

Lo que claramente implica el Señor aquí es: “Por lo tanto, acepta por la fe al Hijo de Dios”, lo cual es el propósito del Evangelio de Juan.

6. Testigos de Cristo

Localización: El Sur, Jerusalén, Judea. Texto de referencia: Juan 5:31-47

Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; sin embargo, digo esto para que vosotros seáis salvos. Él era antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan: las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado. También el Padre, que me envió, ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros, porque no creéis a quien él envió. Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.

Gloria de los hombres no recibo. Pero yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en su propio nombre, a ese recibiríais. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros y no buscáis la gloria que viene del Dios único? No penséis que yo voy a acusaros

delante del Padre. Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza, es quien os acusa, porque si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

Jesús ha hecho afirmaciones majestuosas. Pero ¿quién es Él para hacerlo? Por eso no nos sorprende que en el presente párrafo esas afirmaciones se vean corroboradas por algunos testimonios sobre sí mismo. El Señor empieza diciendo:

6.1. El testimonio personal de Jesús

Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.

Aquí Jesús está hablando en el lenguaje popular. Una de las características de esta forma de hablar es que está llena de figuras, expresiones abreviadas, alusiones e implicaciones que los oyentes entenderán inmediatamente. Nunca debemos perder de vista el hecho de que aquellos a quienes iban dirigidas estas palabras no sólo oían las palabras, sino que también veían los ojos de nuestro Señor y podían notar el tono de su voz y las palabras en que recaía el énfasis. Teniendo todo esto en cuenta, creemos que en un sentido la situación en que el Señor se encontraba al pronunciar estas palabras se puede comparar a la de alguien en nuestros días que estuviera hablando a un grupo de gente poco amistosa.

A nuestro modo de ver, Jesús quiere decir simplemente: “Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio, según vosotros, no es verdadero”. O, en otras palabras: “En seguida objetaréis: ‘Tú das testimonio de ti mismo; por lo tanto, tu testimonio no es verdadero’”. En ese pasaje Jesús testifica acerca de sí mismo, diciendo: “Yo soy la luz del mundo”. Inmediatamente los fariseos objetan furiosos: “Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero”. Por lo tanto, Jesús prosigue:

6.2. El otro testimonio

Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero.

Sin admitir en modo alguno que su testimonio acerca de sí mismo no fuese digno de crédito, Jesús presenta ahora otro testigo que constantemente está dando testimonio de Él. Jesús, por ser el Hijo de Dios, sabe que el testimonio de este otro es verdadero. Sin embargo no dice quién es este otro testigo. Por los versículos posteriores sabemos que se refiere al Padre. Entre tanto, los judíos, que no lo sabían, tratan de adivinar a quién se refería Jesús. ¿Sería, tal vez, a Juan el Bautista? Dándose cuenta de los pensamientos de sus oyentes, Jesús continúa:

6.3. El testimonio de Juan

Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad.

Esto es una referencia al testimonio de Juan que hallamos al inicio de este evangelio y que él dio a la delegación de fariseos que le fue enviada. No obstante, el testimonio del Bautista a la verdad no se limita a este párrafo, sino que también dijo (paráfrasis): “Yo (Juan) no soy el Cristo; Jesús es el Cristo; Él es el Cordero de Dios que está quitando el pecado del mundo; sobre Él vi descender y reposar al Espíritu Santo; Él es el Esposo; Él es el que vino de lo alto, y está sobre todas las cosas; Él habla las palabras de Dios, y es el Hijo de Dios”.

¿Por qué mencionó Jesús este testimonio del Bautista? ¿Acaso porque tenía necesidad de él? ¡No! El Señor dice:

6.4. El testimonio humano

Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; sin embargo, digo esto para que vosotros seáis salvos.

Así que no fue su intención apelar al testimonio del hombre para defenderse o para apoyar sus afirmaciones sobre sí mismo. Por el contrario, estas cosas las dijo porque eran un testimonio verdadero sobre Él, y para que lo aceptaran, se lo aplicaran, y fueran salvos. El Señor continúa:

6.5. Hablando de Juan

Él era antorcha que ardía y alumbraba y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz.

Jesús se llama a sí mismo, la luz y a Juan la lámpara. Una lámpara se ha de encender y su mecha necesita aceite; además, ilumina un espacio muy limitado. Aunque creemos que la elección de la palabra fue premeditada, es dudoso, no obstante que la idea predominante en la mente del Señor haya sido el contraste entre lámpara y luz. Lo que se hace resaltar aquí es el hecho de que el Bautista, en su función de lámpara, ardía y alumbraba de tal modo que, como resultado, atraía a la gente.

De la misma manera que una lámpara atrae a los insectos, así el Bautista atraía a multitud de gentes. ¿Acaso no lo escuchaba Herodes Antipas de buena gana; pero por un tiempo? Cuando Jesús dice: “Él era lámpara ... y vosotros estuvisteis dispuestos a regocijaros” se refiere evidentemente, por implicación, al hecho de que el Bautista había sido arrancado de la escena pública y ahora estaba en la prisión. El pro-

pósito principal de esta observación, no obstante, era el de hacer ver que, aunque los buscadores de emociones habían estado, incluso, dispuestos a regocijarse por un tiempo en la luz de la lámpara del Bautista, sin embargo, no habían querido aceptar su testimonio acerca de Cristo para salvación. Pero la observación de Jesús manifestada antes: “Otro es el que da testimonio de mí” no hacía referencia a Juan el Bautista. Esto se desprende claramente de lo que sigue:

6.6. El testimonio del Padre

Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan: las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado. También el Padre, que me envió, ha dado testimonio de mí.

Ciertamente, el testimonio del propio Padre a través de las obras de Cristo excede al testimonio indirecto del Bautista. Las obras que Jesús está cumpliendo son sus milagros, incluyendo la curación del hombre en el estanque. Estas obras, claro está, por sí mismas no producen fe. Nunca tienen la importancia que poseen las palabras de nuestro Señor. Sin embargo, no se les debe pasar por alto. Sirven para fortalecer la fe. Estas señales eran el sello de la aprobación, del Padre; y específicamente del hecho de que el Padre lo había enviado.

En el bautismo se había oído la voz del cielo a la que Juan alude. Además, también está el testimonio del Padre en el corazón de los creyentes. Sin embargo, aquí, en este pasaje, como claramente lo indica el contexto que sigue inmediatamente, a lo que se hace referencia es a las Escrituras del Antiguo Testamento. El Padre ha dado testimonio; es decir, que aunque dio testimonio en el pasado, este testimonio tiene validez en todos los tiempos: se ha dado para que permanezca. Pero Jesús añade una palabra de penetrante reconvención:

6.7. La incredulidad de los judíos

Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros, porque no creéis a quien él envió.

La voz de Dios es, naturalmente, el mismo Cristo; el aspecto de Dios, también es el Cristo. Los judíos no reconocieron en Jesús la voz y la forma de Dios. Y no lo reconocieron a causa de la incredulidad. Jesús no niega que, en un sentido, los judíos tengan la palabra de Dios. Lo que dice es que no la tienen en sus corazones de una forma permanente y la causa de esto es que no habían puesto su confianza en aquél que el Padre había encomendado para la obra mesiánica.

6.8. El testimonio de la Palabra de Dios

Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.

Jesús no niega que los hombres tengan vida eterna en las Escrituras del Antiguo Testamento. Si a los judíos les parece que sus escritos sagrados son en potencia un medio de gracia, están en lo cierto. Pero lo que el Señor desea dejar bien grabado en ellos es esto: Las Escrituras del Antiguo Testamento dan vida en el sentido que revelan al eterno Hijo de Dios. Él les dice que no alcanzan a verle revelado en estas Escrituras, y, sin embargo, “ellas son las que dan testimonio de mí”. Esta es una misma verdad. Cristo está en toda la Escritura.

Detrás de esta ceguera judía está un corazón rebelde. A la luz de este pasaje, expresiones tales como: “nunca habéis oído”, “no habéis visto”, “no creéis”, se deben considerar como: “es por vuestra dureza de corazón, que habéis rechazado vilmente al Hijo de Dios”. ¿Cuál fue la razón del choque entre Jesús y los judíos? Probablemente los judíos hubieran respondido a esta pregunta así: “Se ha molestado porque lo hemos criticado por traspasar el sábado y por hacerse igual a Dios; si le hubiéramos alabado por lo que hizo con el hombre del estanque estaría satisfecho”. Jesús, que los conocía muy bien y podía leer en sus corazones, contesta:

6.9. La alabanza de los hombres

Gloria de los hombres no recibo. Pero yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros.

Ni la busca, ni quiere dar por válida la alabanza de los incrédulos. A continuación Jesús da su explicación sobre la causa de su controversia con los judíos. La verdadera razón no es que Él ansie su alabanza, sino que ellos no aman a Dios. Si ese amor hubiera existido en sus corazones, habrían aceptado, por supuesto, el testimonio del Padre acerca del Hijo. No le era difícil a Jesús demostrar que su afirmación “no amáis a Dios” era cierta. La prueba consistía en esto:

6.10. La prueba

Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en su propio nombre, a ese recibiríais.

A pesar de que había venido en el nombre del Padre (es decir, no sólo por su mandato, sino específicamente para revelarlo por palabra y obra) no lo habían aceptado. Lo

habían rechazado tenazmente, y esto a pesar de los poderosos testimonios enumerados antes. Esta profecía se cumplió una y otra vez. Teudas fue un falso mesías; Judas el galileo fue otro. Luego vino Barkochba (132–135 d.C.) a quien un rabí tan distinguido como Akiba llamó: La estrella de Jacob. Desde aquellos días ha habido muchos más. El último será el mismo anticristo (2 Ts. 2:8–10). Todos éstos se presentan sin las credenciales adecuadas: vienen “en su propio nombre”. Y aun así la gente se lo entrega todo; y ellos guían a muchos al error.

La realidad no es sólo que los judíos no creen, sino que, además, es que no pueden creer, ya que buscan constantemente la alabanza de los hombres, y no la que viene de Dios. Jesús proclama esta verdad en las siguientes palabras:

6.11. Una gloria mejor

¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros y no buscáis la gloria que viene del Dios único?

El propio nombre de judío—de Judá, que significa alabado—les hablaba continuamente de gloria, alabanza y honor; pero la clase de honor que ellos buscan procede de una fuente corrupta. En la Carta a los Romanos, Pablo recuerda a sus lectores que un verdadero judío es aquél cuya alabanza no es de los hombres sino de Dios.

Los judíos a quienes ahora se dirige Jesús elevaban sus peticiones dos veces al día, y las ofrecían al Dios Único y, sin embargo, no buscaban la alabanza que viene del Dios Único, ni tampoco lo amaban. La falta de amor siempre produce ceguera. No fue falta de evidencia, sino falta de amor lo que hizo que estos hombres rechazaran a Cristo.

Los judíos quizá comenzaron a considerar a Jesús como un acusador, igual que Satanás (el acusador). Pero Jesús no venía con este propósito. En realidad no hacía falta. El Señor pronuncia el reto final a su hostil auditorio, con palabras de terrible significado:

6.12. Moisés el acusador

No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre. Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza, es quien os acusa, porque si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él.

Los judíos apelaban una y otra vez a Moisés, y se jactaban, diciendo: “... discípulos de Moisés somos”. Pero Jesús les dice ahora que Moisés, el objeto de su esperanza,

a cuyos escritos apelaban constantemente y cuyas instrucciones debatían y analizaban con suma meticulosidad, sería en realidad quien los acusaría; y esto porque, a pesar de jactarse de ser sus seguidores, en verdad, no le creían.

“Moisés escribió acerca de mí”, dijo Jesús. Todo el Pentateuco—y no sólo el Pentateuco, sino todo el Antiguo Testamento—apunta a la venida de Cristo y prepara claramente su llegada. Hay cuatro caminos que, atravesando todo el Antiguo Testamento, convergen en Belén y en el Calvario; a saber: el histórico, el tipológico, el psicológico, y el profético.

6.12.1. El histórico

Por preparación histórica queremos decir que las fuerzas del mal dirigen su ataque contra el pueblo de Dios, esforzándose en hacer imposible el cumplimiento de la promesa de Dios con respecto al Cristo que había de venir: y también queremos decir que cuanto mayor fue la necesidad, más cercana estuvo la ayuda: la gran necesidad del hombre es la oportunidad de Dios. El Pentateuco y los restantes libros del Antiguo Testamento están llenos de ejemplos.

6.12.2. El tipológico

Por preparación tipológica queremos decir que el carácter del Mesías venidero y de la salvación que hay en Él están representados en tipos materiales o personales. Pensemos, por ejemplo, en el agua que brotó de la roca, en el maná, en la pascua, en la columna de fuego, en el tabernáculo con sus aparejos, en todo el ritual de los sacrificios, en la serpiente alzada en alto; y por otra parte, en personas como Adán, Melquisedec, Josué, David, Salomón, etc. Los libros de Moisés están llenos de símbolos centrados en Cristo.

6.12.3. El psicológico

La preparación psicológica señala al hecho de que durante toda la antigua dispensación—y desde luego también en los libros de Moisés—hay una verdad que se va haciendo cada vez más patente: el hombre nunca puede alcanzar la verdadera felicidad y la salvación por sus propias fuerzas. Uno de los principales objetivos de la promulgación de la ley en el Sinaí fue el crear esta convicción. Si algún hombre ha de salvarse, ha de ser salvo por otro. Este otro es Cristo.

6.12.4. El profético

La preparación profética indica que la venida de Cristo, su obra, su sufrimiento y la gloria subsiguiente habían sido anunciados por medio de profecías directas.

Ciertamente, pues, se podía decir: “Moisés escribió de mí”. Bien entendido, todo lo que escribió Moisés concernía a Cristo. Jesús concluye su discurso a los judíos con esta pregunta retórica:

6.13. La conclusión del argumento

Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

A nuestro modo de ver, lo que Jesús quería decir era esto: “Vosotros los judíos siempre estáis diciendo que no hay nada más sagrado que la Torá escrita (aunque en la práctica muchas veces dais más crédito a la ley oral que a la escrita). Esa ley escrita la colocáis por encima de todo y, desde luego, por encima de las palabras que cualquiera pueda pronunciar. Vosotros, además, consideráis a Moisés como a vuestro principal líder y rivalizáis en ensalzar su memoria. Según vosotros, ningún ser viviente hoy día se puede comparar con él. Por consiguiente: si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? La pregunta que Jesús hizo no se podía contestar. Si se niegan los escritos sagrados, todo se ha perdido. Los judíos necesitaban esta lección... y también nosotros en este tiempo.

Estudio basado parcialmente en la cronología de los cuatro evangelios de Ricardo Aschmann y en el comentario bíblico de William Hendriksen.

Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995

El presente estudio es de distribución libre, no se puede comercializar u obtener beneficios económicos de ninguna forma.

